

## **LA BELLEZA SUPERFLUA**

Desde hace algunas semanas, amigo lector, vivo en la ciudad de Roma. “¿Y ha visto ya usted a su Santidad bendiciendo a los fieles católicos?”, me preguntarás. Y yo, con cierta nostalgia, te responderé: “No, no he visto aún al vicario de Cristo”. Y luego añadiré con gesto exculpatorio: “No lo he visto porque es imposible ver a su santidad el Papa en la Roma donde yo vivo”.

Desde hace algunas semanas leo una historia de la Roma clásica, esa Roma donde Pedro no tenía aún, como muchos hombres, morada santa. Y, ni siquiera, un lugar donde reposar la cabeza. Ya habrás entendido, piadoso lector, que en lugar de vivir en Roma, Roma vive en mí. Yo soy el anfitrión de los Césares y el cáliz de los mártires, esos cristianos que no sabían aún que para ser católico - ecuménico, universal - era preciso amputarse aquellos miembros que escandalizan el cuerpo con sus gritos obscenos de protesta. A veces nuestra

naturaleza nos duele como un hueso dislocado o una llaga purulenta que se rebela contra la unidad y armonía del universo. ¡Oh mal, maldito seas!

Estoy en Roma, en los primeros siglos del cristianismo. Aquí veo la tumba de un viejo herrero. Se ha hecho labrar en la piedra del sarcófago una escena de su taller, la imagen de sus amadas herramientas. “¡Orgullo de gremio!”, me digo pasando la página. Ahora contemplo una lámpara de aceite a la cual el artesano ha dado la forma absurda de un viejo zapato. “¡Qué humor, pienso, se precisa para sobrellevar la miseria!”. Y con esas mismas manos de obrero, de artífice, de trabajador de la mente, me traslado igual que una mariposa a otra hoja del libro. Ante mi veo una vulgar escena de mercado y una balanza romana cuyo peso adopta la forma de una cabeza. “Un artista infeliz obligado a vivir del comercio”, concluyo.

“Provecho y deleite”, dice el vanidoso Horacio. Y entonces, como una luz súbita, me vienen juntas a la memoria esa tumba de cuyos restos ya nadie se

acuerda, aquella lámpara que no alumbra hoy ningún cuarto oscuro y ese peso que nada pesa. Esos objetos útiles, y ya inutilizados, sin provecho alguno, sólo se han salvado de la muerte en mi recuerdo merced a la fútil belleza, esa frívola dispensadora de deleites. “Una cosa bella -dice el poeta inglés - es para siempre”.

## **REFLEXIÓN SOBRE EL MOSAICO**

¿Son bellas las arrugas? En cualquier caso, diría el viejo Cicerón, son inevitables. Y el hombre debe aprender a transformar la horrible necesidad en una bella virtud. Envejecer es un arte antiguo. Mirad la belleza de esa rosa. ¿Qué hacer cuando el tiempo airado marchita nuestra lozanía y cubre de blanca nieve la hermosa cumbre? Tomad entonces los pétalos, haced un tópico, un poema, un perfume, una mascarilla, un tapiz de flores.

El artista - dice Nietzsche- es el hombre que baila atado con una cadena en los pies. Las teselas del mosaico convierten en una victoria la derrota humillante de los muchos años, la ignominia del tiempo, el trabajo callado de tantas alegrías y de tantas tristezas grabadas en nuestra curtida piel. Toda pintura fresca se agrieta un día en el muro. ¿No es una muestra de sabiduría aceptar resignadamente aquello que es irremediable? El arte del mosaico busca

alcanzar la eternidad en lo pequeño, lo diminuto, lo insignificante, en lo que es, por su propia naturaleza, frágil. Los hábiles artesanos logran con singular maña y destreza aquello que el escultor sólo alcanza violando con la fuerza del martillo la santidad de la piedra.

A quien te pide sólo la capa roída y negra, anticipáte a darle también la túnica de varios colores. El mosaico fragmenta la continuidad de la imagen hurtando y destruyendo las armas de la decadencia al mismo tiempo. Cuanto más pequeña es la presa, mayor su astucia para escapar de la fiera. Poco importa si la vida, por los siglos de los siglos, acaba engullendo la soberbia de todos los monumentos.

Como los viejos, los ancianos, los *senadores*, esos fragmentos de roca, mínimas células o tejidos del arte, nos transmiten también, con sus pliegues en la pétrea faz y su mera presencia, una enseñanza clásica: los individuos perecen, la especie se perpetúa. Quitad una pieza del mosaico, despegad una de esas plebeyas baldosas. Ninguna afrenta

sufre quien no hace del orgullo la base o fundamento de la existencia propia, su pedestal. ¿Qué pasaría si al arrogante David, de músculos marmóreos, le arrancásemos uno cualquiera de sus rizos o le rompiésemos con el martillo el dedo meñique? No, la Venus de Milo no ha tenido siempre el aspecto de una miliciana helena mutilada en las guerras del Peloponeso.

El ciudadano vive gracias al Estado. El mosaico no es sólo la suma de las piedras, como quisiera interesadamente una interpretación liberal del arte, sino sobre todo la combinación de todas ellas - elementos mínimos - en una unidad de rango superior. Roma, ciudad e imperio, sobrevivió mientras tuvo vigor la virtud republicana, la incorporación de las piedrecillas étnicas o religiosas en un conjunto mayor. Yo me atrevería a pedir de nuestros senadores actuales una vuelta al mosaico, a las cosas, a la realidad de la plazuela pública y a tropezar de nuevo con el coturno trágico en lass pedrezuelas del camino. Un arte hecho para ser pisado, como algunos

mosaicos hermosísimos en las antesalas de los palacios, es un arte que se burla de las suelas. Aunque éstas sean ¡ojo! los mismísimos zapatos de un nieto del Rey Sol.

Tal vez convendría que para contemplar el resplandor del arte clásico no usáramos sólo de los lentes y del potente telescopio de la erudición arqueológica. Bastaría con saber descalzarnos para no hollar con nuestros pies ese arte menor que tantas veces sirve como una alfombra al genio ignorado.

## **UN SARCÓFAGO ANDRÓGINO**

“Los niños con los niños, las niñas con las niñas”. He aquí, sin duda, una vieja cantinela. Desde hace siglos la canción viene rodando en las mejores cabezas pedagógicas y, aún más grave, en las mentes aletargadas de los políticos al uso. ¿Somos tan diferentes los hombres y las mujeres?

En un antiguo relieve funerario del siglo II se ve una escena infantil. A la izquierda juegan cuatro niños. ¿Qué hacen esos pequeños escolares durante el recreo? Por medio de una tabla inclinada dejan caer una nuez para derribar con su movimiento acelerado un rudimentario castillo. Tal vez, si alguno de los impúberes tiene talento, se haga prematuramente una pregunta científica. (Será preciso, lector, esperar al renacimiento de los estudios clásicos para que el hombre conozca otras revoluciones que las dictadas por el hambre.) Baste, por ahora, saber que ninguno de los muchachos de la funesta piedra se

encuentra a la misma altura. Uno tiene la rodilla hincada en tierra; otro -aquel que sostiene la tabla - se inclina ligeramente sobre esa improvisada arma destructora de imperios. Más allá, de pie, un niño tiene la cabeza vuelta en escorzo sobre el artillero con gesto apremiante. El último de los párvulos mueve violentamente un brazo. Toda la escena trasmite una sensación de movimiento, fuerza, desorden, energía. En suma, virilidad.

Veamos ahora el lado derecho del mencionado sarcófago. Tres niñas lanzan una pelota contra la pared. Todas ellas están en fila ... indígena (con perdón). El artista ha pretendido representar la sucesión del juego. Cada joven, alzada y con la misma estatura, se prepara para ejecutar su turno. De ahí que los brazos de cada una de la muchachas se halle a una determinada altura en elevación ascendente. Si comparamos esta escena con el juego de los varones nos parece contemplar aquí una balsa de aceite, una suave brisa de encanto y poesía que apenas desordena un bucle. ¿Simboliza la piedra eterna, según el artista anónimo,

cualidades permanentes del hombre y la fémina? No nos precipitemos, conviene que miremos el asunto con mayor calma y circunspección. No tiremos la piedra o el haba en este juicio "sin haber oído antes a las dos partes", como dice Aristófanes en una comedia donde satiriza la man a de juzgar de los atenienses.

En otro relieve funerario de la misma época aparecen también unas jóvenes doncellas jugando al tejo; pero esta vez con masculino apasionamiento. Y el orden de la piedra se transforma entonces en abigarrada confusión de miembros y ropaje.  Y no se representaban los romanos a Diana vestida como un cazador? El dios Apolo es un ser de cualidades ambiguas y muchas imágenes de Venus nos parecen acaso un marimacho musculado. En materia de sexualidad, los hombres y mujeres, desnudos e indefensos, apenas han progresado en la historia. Vemos un fragmento de vaso del primer siglo donde se pinta a un sirviente llevando apresuradamente una jofaina de agua a

sus amos que yacen tras el acto sexual. En aquel tiempo no existía la píldora anticonceptiva, ni tampoco el actual preservativo, pero sí el arrepentimiento del momento después y el temor al embarazo nunca deseado. Y es que la naturaleza solamente nos permite ser hombres, mujeres ... o ambas cosas a la vez. Las habas están contadas y los yugos, heteros o no, también, amigo lector.

## **KUNTA KINTE EN EL CAPITOLIO**

“Me llamo Fulano, vivo en tal sitio. Si me hallas, pregunta por el funcionario del mercado, junto al Templo”. He aquí un texto sin contexto, unas palabras inhumanas, esto es, sin las bocas que dicen y los oídos que oyen.

Pues bien, ¿qué nos dicen esas voces espectrales, descarnadas, esas letras sin espíritu que vienen del pasado, del mundo de los muertos?

Si un lector moderno - tú o yo - leemos ese mensaje con los ojos miopes de tantos estructuralistas amnésicos, ¿qué sentido tendrán para nosotros esos signos desalmados y sin historia? Seguramente pensaremos que algún hombre epiléptico, alguien propenso a los desmayos -o tal vez con Alzheimer - lleva en su cuello o brazo colgada una cadenita con ciertos datos relevantes. Pero no, no es así. Ningún hecho humano adquiere significación alguna si no nos convertimos en un salmón que lucha contra la

corriente hasta llegar a la fuente primitiva de la que mana el río de la vida. El hombre es su historia.

Esas palabras inscritas en un collar no hacen referencia a un anciano, un enfermo, una mascota doméstica. Ese texto ambiguo alude a los esclavos huidos que traspasaban el recinto sagrado de la ciudad. Devuélveme lo que es mío.

Ahora bien, no pensemos que en la antigüedad todos los esclavos son como el asno terco al que se azota si no quiere caminar. El hebreo Moisés tuvo un gran poder en la casa del Faraón egipcio antes de caer en desgracia. Y el rico Pallas, vendido como esclavo, llegó a ser un alto funcionario del emperador Claudio. El pobre con talento siempre alcanza, como el lazarillo, la merced de un amo poderoso. Y no hay dueño más tirano o servicial que la edad o el público. Esto lo saben bien los negros que triunfan divirtiendo a la sociedad blanca rendida con sus malabarismos circenses. En nuestros días muchos jóvenes universitarios de clase obrera llegan a ser

altos ejecutivos de una multinacional. Por desgracia, la vida lujosa se acaba cuando el lujurioso dueño fija sus ojos en un licenciado más bello y rentable. “O me pide o me despide”, dice el misógino Quevedo hablando de la mujer licenciada y no olvidemos que las empresas, como las rameras, siendo femeninas, ejercen también la violencia “de género”. Es decir, genéricamente y sin mirar a quién ni hacer distinciones. El mercado, campo de batalla de los ciegos intereses particulares, es el dios más abstracto que existe en el universo. Como un general no conoce el nombre de sus soldados individuales: “Hemos perdido en la crisis cuatro aviones y, por supuesto, los pilotos”. El sistema capitalista, igual que la pólvora de la que se lamenta el viejo Cervantes, no nos permite ver casi nunca la relación entre el fuego y la sangre, las causas y los efectos de nuestra monetaria libertad. Gengis Khan, con su cuchillo, es un héroe salvaje; Bush, con sus bombas, un cobarde civilizado.

Para vivir, la mayoría de los hombres libres debemos hacer algo y ese

algo que hacemos nos lleva la vida entera. ¡Tremenda cosa! Consumimos el tiempo disponible con la esperanza de ganar la sobrevida. Los residuos de la existencia auténticamente personal son las migajas de la eternidad.

La doncella, la esclava del señor, es criada, hace de criada, devuelve con su trabajo su crianza. ¿No se han amamantado siempre los fámulos del patrimonio de la familia? A menudo la sierva de un amo rico cría también a “sus hijos”. ¿De él o de ella?, me dirás. Aquí la pobreza del posesivo castellano se nos transforma en ahorro doméstico. Porque los hijos de él, suyos, son, frecuentemente, los hijos de ella. En cierta novela latina un padre exige a su joven vástago que mate o exponga al recién nacido que éste ha concebido con una esclava: “Cuando tú mates a tu hijo, mataré yo al mío”, dice el adolescente. He aquí cómo la esclavitud, institución deshumanizada donde las haya, nos conduce a través de la materia y la voz de la sangre hacia la redención y la

teología humanista. Somos libertos, hijos del Señor. Nos lo dice el testamento.

## **¡MUSICA, MAESTRO!**

En un vaso pequeño hallado en una ciudad francesa se ve la imagen de unos gladiadores combatiendo mientras suena de fondo la música de un órgano hidráulico. Probablemente no son pasodobles lo que ejecuta la orquesta o el solista romano, pero ambos contendientes deben hacer juntos, como una pareja, el paseíllo macabro que conduce a unos a la muerte, a otros a la prolongación de la vida.

Yo no sé qué misterioso lazo une los acordes de la música con la efusión de la sangre. Tal vez, como todo derrame sentimental, no seamos finalmente más que nuestros humores. Si es así, no vertamos ninguna lágrima. Quienes deben morir están obligados a saludar jovialmente a la vida regalada.

La música es la manifestación más pura del hombre. Aquel que logre dar ritmo a una vulgar ventosidad habrá convertido la naturaleza en arte elevándose en la escala zoológica. Y,

como todo arte es un signo, y todo signo un enigma que debe interpretarse, la música nos deja absortos, sumidos en la perplejidad. A veces sirve para amansar a las fieras igual que una costilla de sangre tranquiliza el hambre del león imperial. Sin embargo, hay ocasiones donde la música excita el ímpetu del guerrero que marcha al abismo al son de las flautas y tambores. “La muerte no es final”, piensa el corneta.

Veamos ahora ese órgano, ese organillo que suena en mitad de un espectáculo circense para satisfacción del populacho. La palabra “órgano” tiene como sentido primitivo designar a un instrumento, particularmente un instrumento musical. Pero órganos son también la espada, el tridente o la red. Y el mismo gladiador es un instrumento en manos de un pueblo que se deja arrebatarse por viscerales pasiones.

Toda materia, si aplicamos en ella el órgano del amor, nos devuelve una nota de agradecimiento. El poeta nicaragüense Rubén Darío, aquel indio “domesticador de los divinos corceles”,

agradece a la Hispania fecunda su lengua y, para darnos celos de amante, se arroja en los mismos brazos de aquella dulce Francia donde se halló el vaso y el órgano en él pintado.

¿Quién no ha oído la musa moderna y el sonido del pífano novecentista? Esa voz eufónica, el sugestivo “pífano”, de la misma raíz que “pifia”, designa un flautín que tocan los militares. Volvemos a estar en guerra o, mejor aún, en filológica guerrilla. Y la dicha flauta es el órgano pequeño de la familia instrumental, tal vez una rama desgajada del tronco, aunque esta comparación botánica te parezca idéntica a una pifia post-modernista. A veces a mi flauta también se le escapan los sonidos. Vayamos con la música a otra parte.

Pues bien, querido lector, permíteme que suelte una pifia, un gallo, una nota entre sentimental y pedante. Yo he vivido un breve tiempo en la mal llamada “Latinoamérica”. Allí he escuchado muchas veces la palabra “muérgano”, es decir, “cosa u objeto inútil”. Ese vocablo castizo tomó un día

las maletas, bajó de la montaña y emigró cruzando el océano con los conquistadores del imperio. El “muérgano” es el mismo “organo” diptongado y disfrazado en un dialectalismo asturiano. Cosa u objeto inútil es el “muérgano”. Tan inútil como la vida de un gladiador, esos órganos que se trafican o trasplantan o este mismo artículo de tan vulgar e inarmónica erudición.

Quien inventó el nombre de Latinoamérica cometió un error, pero un error profundo como suelen ser las nobles equivocaciones. Porque Roma - su lengua, sus costumbres, su derecho - nos ha conquistado con su caramillo a todos, incluido al indio Rubén que suena su pífano en las Galias.

## **LA SOPA DE LETRAS**

Al decir de una lectura que nos parece “indigesta” manifestamos nuestra dificultad para tragar o asimilar unas ideas revueltas, un refrito de ingredientes verbales mal cocinados en la mente del autor. En realidad, el vocablo “digerir” alude más bien a una cuestión administrativa o judicial que a una mera función fisiológica. La digestión tiene la misma raíz, el mismo fuego y horno semántico, que las voces “gestionar” o “gerente”. Es decir, distribuir unas materias dando el orden y la salida convenientes. En la antigüedad se conoce como “Digesta” una recopilación de leyes ordenadas en capítulos. Por tanto sería “indigesta” una confusión de leyes contradictorias, un amasijo caótico de órdenes y preceptos contrarios. Para los hombres antiguos la ley procede siempre de los dioses y nunca de la voluntad de los hombres.

Ahora bien, unas divinidades locales mandan taxativamente esto y otras, algo más lejanas, prescriben aquello. Y aún pudiera darse el caso de que el mismo Dios, según el tiempo y el humor de su libérrima voluntad, mande cosas diferentes a sus fieles seguidores. “No matarás” o hacer reo de muerte al sacrílego que ha deshonrado la religión de la ciudad son proposiciones tan contradictorias como aquellas consejas que suelen darnos los refraneros. Nunca sabemos bien la hora en que alzarse del lecho temprano es una estupidez o una acción grata a los dioses expendedores de favores. ¿Es moral o inmoral la pena de muerte? A los viejos europeos nos parece una barbaridad medieval; a los nuevos guardianes del Occidente, republicanos o demócratas yanquis, la máxima pena es la salvaguardia de la civilización frente a los instintos primarios de la jungla urbana. ¡Quién sabe! Después de todo sería impensable el cristianismo si el enemigo público de la ley judaica, el galileo Jesús, hubiera muerto de anciano en la cárcel

condenado a cadena perpetua. Un error judicial, la muerte de un inocente, puede ser también un hecho necesario de la historia. Sin la cicuta salvadora quizás el tábano de Sócrates habría muerto en los mismos labios otoñales del divino Platón. Y ello sin liarse siquiera con el infumable papel del cigarrillo, último placer que los letrados conceden a los condenados filósofos cuya imprevisión llega al punto de no dejar nada escrito. Toda doctrina oral se salva y perece al mismo tiempo en manos de los escribas e intérpretes.

La vida es una indigesta sopa de letras en la cual nos va la existencia entera hallar un sentido moral. Y el hombre toma aquí unas vocales, allá alguna consonante, allí un comodín, y con todo ello consigue hacer una palabra más o menos larga y valiosa según la puntuación acordada por una determinada regla ética de este inacabable juego. ¡Feliz si logra hacer una frase! Así transcurren los días útiles u ociosos del “homo ludens”.

Dos éticas opuestas se alternan ininterrumpidamente en los infinitos

siglos de la historia. Rigoristas o relajados, tales son sus adeptos. Para unos la vida es contención, rienda, dominio. Otros, en cambio, nos predicán el desenfreno, la espuela, el exceso. A veces resulta indispensable, para no caer de la cabalgadura, ejecutar contorsiones equilibristas entre la posición epicúrea y su contraria, la estoica.

Echemos ahora un vistazo a las tumbas de Roma, esos tratados de filosofía clásica escritos en la piedra. Literalmente es cierto, allí puede contemplarse el aserto, que “de grandes cenas están las sepulturas llenas”. Hay numerosos sarcófagos que representan escenas de banquetes familiares. El padre, tendido en un diván, come y bebe mientras un esclavo le sirve una copa de vino; la mujer, algo retirada, toca una lira o se retoca el cabello mientras los niños juegan a sus pies.

Pues bien, ¿qué nos dicen esas imágenes donde la muerte y la vida sibarita, el placer y la conclusión final de todos los esfuerzos se alinean en una misma roca. Los estoicos nos avisarán de

la necesidad de ser frugales y parcos en el alimento si no queremos sufrir una enfermedad que acorte nuestros días. Ya lo dijimos y lo repetimos ahora en un sentido menos literal: las sepulturas están llenas, abarrotadas, de grandes comilonas.

Sin embargo, un epitafio inscrito en la piedra del sarcófago nos inclina hacia una interpretación epicúrea: “¿Pero de qué le sirve ya a los muertos este banquete? Mejor habrían hecho viviendo de otro modo”. Goza de la vida presente, el tiempo huye. No seas - nos amonesta entre líneas el epitafio -como aquellos a quienes el *seny* les dice al oído a cada deseo: “Demà tindrás temps encara”.

## **UN FALSO VEGETARIANO**

La filosofía materialista es tan vieja como el mundo. El hombre - igual que tantos hacen respecto al Estado - toma su sustento de la naturaleza y luego lo devuelve en ofrendas residuales a la tierra paterna. Aquel hueso de fruta será mañana la tibia de una hermosa doncella perseguida por un galán libidinoso. Y más tarde ... tropezón y vuelta a empezar. Tal es el sentido último del mito de Dafne. Acabamos siempre royendo como un gusano espiritual la madera del ataúd, siendo ramitas del tronco genético de la familia, vida inconsciente, vegetativa, latente. acaso nada ...

Toda idea anda siempre a la búsqueda de una materia donde instalarse dentro como un huésped parásito. Algún filósofo ha meditado incluso comprar antes el marco del cuadro a la espera de pintar después su contenido.

Pues bien: ésta es mi caja, el artículo. Ahora ¿qué se hace con el muerto?

Ciertos hombres pensaron que nuestras almas mudan eternamente de domicilio. En una vida somos recaudadores de hacienda, en otra un cerdo o quizás un gallo ...

Tal es la razón oculta del vegetarianismo que ingenuamente siguen los jóvenes contestatarios. No es muy respetuoso ni socialmente correcto engullirse un semejante.

La secta de los pitagóricos tuvo un extraordinario éxito en la antigüedad. Aquellos melenudos tenían un poco de guitarristas de rock y otro poco de empresarios duchos en arquear la caja del concierto. El fundador les pidió que no “mascullasen habas”. “!Cómo así!, ¿no somos vegetarianos?”, dijeron sus discípulos.

Pero como sucede tantas veces con los maestros los alumnos no entienden bien las palabras del magisterio y es preciso recalcar insistentemente: “Ipse dixit”. Y el expediente funciona mientras

no se cae en la cuenta de que todos los “ipse” son iguales y pardos en la oscuridad de la noche.

En los tiempos de la Grecia clásica se votaba en los tribunales sirviéndose de habas. Y mientras se deliberaba los impacientes se las llevaban a la boca. De ahí que la frase “no mascullar las habas” equivale a no mezclarse en asuntos políticos.

Sin embargo, la secta de los pitagóricos se dejó arrastrar por aquellos que tenían más de contables que de músicos bohemios. El resultado es que la comuna terminó incendiada por el pueblo y los mártires de la filosofía de los números tuvieron que huir no se sabe bien a dónde. Algunos sostienen sin motivo ni prueba que los *yuppies* son los antiguos *hippies* de la diáspora. Tal vez, no sé yo ...

## **TONTO EL QUE LO VEA**

La curiosidad - ya se sabe - es la madre de la ciencia. Ahora bien, el conocimiento tiene, igual que los planes de estudio, diversos niveles. Los chismes de portería son el primer grado de la filosofía del portal, el estoicismo. Y los portales de internet, algo más peripatéticos, nos inducen a viajar y fisgonear dando vueltas en los más variados rincones del planeta. A veces, yendo por lana, salimos trasquilados, caemos como incautos en la red tendida por algún estafador. En otras ocasiones se trata solamente de una pequeña broma, la burla de algún gracioso pirata oculto tras el parche. Pinchamos creyendo desnudar a una mujer estupenda y la pantalla nos muestra la foto de nuestra suegra en traje de baño. ¡Vaya engaño!

Cierto pintor clásico presumía de su maestría diciendo que los pájaros se lanzaban a comer las uvas pintadas en el lienzo. Y otro colega, para pagarle en la

misma moneda, dibujó una tela que cubría a medias cierto paisaje. Al pretender levantarla el pintor amigo ... ¡Tonto el que lo vea!

En la naturaleza del hombre se encuentra el deseo de engañar a los ojos, esos sabihondos dueños, en teoría, de la sabiduría visual. ¿Quién no ha sentido la gana de dejar corrido y avergonzado a cualquier pedantuelo?

Metemos el palo en el agua y se tuerce. “Si no lo veo, no lo creo”, dirá algún discípulo pseudo-positivista del incrédulo apóstol Tomás. Y los prestidigitadores ¿qué hacen sino fundar su ilusionismo en la rapidez de sus dedos? La tortuga manual es más rápida que las patas de gallo de la liebre visual, el trueno se adelanta victorioso al temible relámpago.

En cierta casa del Aventino se conserva un fragmento del pavimento llamado *asarota*, es decir, mosaicos que representan el suelo de un *triclinium* o comedor sin barrer. Allí vemos pintados en las teselas con extraordinario realismo

la raspa de una sardina, el hueso de una cereza, la cola de una gamba, etc.

Seguramente algún gato u otro animal doméstico -o bien cualquier distraída esclava - pretenderá barrer con los bigotes de la escoba ingenuamente los restos de la comida ficticia. Y nos imaginamos entonces la cara sonriente del ama. ilnocente, inocente!

Una basura, objeto del arte. La migaja, el guijarro desechado, se convierte en catedral del hambre con voluntad de permanencia. Ya decía Aristóteles en su Poética que el hombre no ama las cosas feas o desagradables en sí mismas sino la mímesis, su representación. Quevedo se burla de la gazuza del Buscón porque nunca le faltó un plato ni vivió en la basura. Y el humorista Ramón apostilla que el hambre, si es verdadera “ambre”, se come hasta las haches.

## **EL HOMBRE DE LAS TRES CABEZAS**

Aunque parezca un monstruo de feria o una novela de misterio, “el hombre de las tres cabezas” es una escultura, una estatua monstruosa. Y su anormalidad no consiste en que sea más horrible que otras esculturas similares. En realidad, la deformidad no está en la piedra ni es obra del artista clásico sino más bien de la beatería clasicista del hombre moderno.

En la citada escultura vemos a un patricio llevando en cada brazo un busto de un antepasado suyo. La intencionalidad del artífice anónimo, teñida de religiosidad familiar, es evidente. La piedra nos muestra una dinastía, una continuidad de la cual la eternidad supuesta a la roca es un símbolo. Ese hombre lleva encima a sus ancestros como nosotros llevamos en la cartera la fotografía de un abuelo.

Pero el arte no sabe de los cataclismos de la naturaleza ni de las convulsiones de la historia. El cuello suele

ser un talón de Aquiles. Y muchas de las estatuas romanas aparecen hoy en público como si fueran víctimas de la revolución francesa o los actores de una mala película de terror.

Algún hombre piadoso, tal vez un honesto magistrado, pensó que un caballero descabezado cargando dos cabezas ajenas, sin quedarse con ninguna, era algo demasiado grotesco, un mal chiste, un lujoso entuerto que pide a gritos ser enderezado. ¿No has conocido, amigo lector, algún hombre político aquejado de ese mismo mal restaurador?

Pues bien, ese arqueólogo vengador de la historia hizo colocar en la guillotina una cabeza falsa, una testa nueva que no era sagrada, como la de san Juan Bautista, ni tampoco era profana, como la de Luis XIV, el ciudadano Capeto. ¡Y aquí viene la sacrílega impiedad, la salvajada bárbara!

Aquel busto postizo no desentona en la ejecución de las facciones ni tampoco en sus proporciones respecto al cuerpo adoptado. Nada, salvo un mínimo collar fruto de la fusión postiza, delata la

impostura. Sin embargo, esa falsa corona de mármol no es el verdadero rostro del muerto. Y, por tanto, sus antepasados tampoco son quienes le han transmitido en herencia su patrimonio. He aquí un fraude, una ignominia.

Lector, ¿te imaginas a unos familiares enterrando los cuerpos equivocados de quienes creen ser sus hijos muertos en una batalla lejana o, tal vez, habiéndose roto la crisma cayendo del caballo camino de Damasco? Por muchísimo menos, en Atenas se ahorcaba a un general. Afortunadamente, los griegos de antaño eran unos bárbaros embadurnados de afeitte y nosotros sólo somos sus hijos o bisnietos. Y eso, claro está, si los filósofos del multiculturalismo no nos han cambiado a todos la cabeza con la perversión de que en la Europa post-cristiana ya no hay judíos, paganos o gentiles sino hombres de carne y hueso llevando en la mano derecha una antorcha de libertades y derechos y en la otra, la siniestra, un libro de deberes.

## **¡Y YO CON ESTOS PELOS!**

En un fresco de una pared vemos una escena deliciosa. Una esclava está peinando con suma delicadeza a una joven ama el día de su boda. “Delicia”, “delicado” o “delgadez” son vocablos apenas juntados por un fino cabello, una verbal raicilla, una pelusa de adolescente. “Lo pequeño es hermoso”, dice un ensayista moderno. Y, podemos añadir, también frágil, quebradizo. La realidad casi siempre es ambigua. El hombre - lo sabemos -es una caña deleznable o bien un bastón de mando. Todos nuestros actos cuelgan de un sedal, un hilo fino, una sílaba única, una orden, un solo golpe de la voluntad de imperio: el odioso - o tal vez amable - “moi”, nuestro “yo-mi-me-conmigo”. El mundo, las cosas, el universo, no es sino el correlato del anzuelo.

Ahora bien, de seda o acero, las hilanderas Parcas cumplen siempre su oficio mitológico de peluqueras del clasicismo, trasquilan con sus tijeras y

guadaña el tenso filamento de nuestras vitales existencias. Cortar el cabello ha sido siempre una señal de luto, una muestra de dolor, infamia, injuria o deshonra. La calvicie, afrenta de la edad, es símbolo de la forzosa e irremediable vejez. En oriente algunos jóvenes consagrados se dejaban crecer desde la niñez el cabello en ofrenda a los dioses. ¡juventud, divino tesoro! De ahí que arrancarse el cuero cabelludo equivale a perder las fuerzas y el favor del cielo, debilitarse, ser un hombre cualquiera que envejece y disminuyen sus facultades. Cortarse la coleta. El salvaje greñado, un Sansón, tiene un aire de violenta fiera, el mandamás de la manada o rebaño humano.

Sin embargo, los siglos - decadentes o progresivos - cambian siempre la perspectiva y el sentido de las cosas humanas. La civilización griega aportó con sus poetas y su filosofía la higiene sin pérdida o menoscabo del imperio y la fuerza bruta. Alejandro prohibió a sus soldados dejarse crecer la barba. Un militar barbudo ofrece al

enemigo un punto de apoyo para derribarlo del caballo. Es curioso que mucho después los marinos empuñen el argumento contrario: gracias al cabello largo pueden salvarse por los pelos de un naufragio.

Este artículo toca fondo, lector. No voy a enredarme o liarme más en el laberinto de las palabras. Me falta el ovillo de Ariadna. Solamente he pretendido que gocés un poco de las delicias etimológicas de nuestra delicada lengua. Sabe que un humilde cabello del “cap” es capaz de hacer pender o depender con su jefatura todo un bosque, un organigrama jerárquico: los *capítulos* de un libro, las *capitulaciones* de una boda, el *capitán* o *caudillo* que rinde la plaza, la caja de *caudales* de un rico, el *capitalismo*, la corriente fluvial de un *caudaloso* río, etc.

En el mundo digital de hoy conviene decir que los dígitos son sólo dedos y los dedos no pueden dictarnos ellos solos, como un dictador o *duce*, nuestra conducta. Detrás de los dígitos y los números están las manos y la cabeza de los hombres que cuentan. Volvamos con

urgencia a las palabras sagradas, la buena dicción, los humildes diccionarios que nos dictan el auténtico sentido de las cosas y no aquel que nos conviene. Prostituir los nombres es la peor de las corrupciones. Hágase y ya no podremos entendernos. La libertad no es tiranía ilustrada, el egoísmo no es una llamada a la solidaridad. La esencia del hombre es su lenguaje, sus raíces, la historia encerrada en esas mal llamadas necrópolis del idioma. Los muertos sólo mueren de veras cuando los olvidamos y dejamos sin flores su tumba. Entonces, solo entonces, es cuando de verdad emigran a la región del olvido.

## **UN GESTO GROSERO**

La historia, como la morcilla hecha con sangre, tiende a ser indigestamente repetitiva. En cierto mosaico del siglo V después de Cristo se representa una escena circense. Allí vemos a un hombre semidesnudo, un luchador. En una mano lleva un as de bastos, con la otra hace un gesto muy conocido doblando los dedos centrales. ¿No habéis visto nunca en la pose ante un fotógrafo realizar ese gesto de cornudo detrás de algún ingenuo amigo? Ya lo dijo un filósofo: somos herederos que desconocen la forma en que se ha amasado nuestra fortuna.

Pues bien, ¿cuál es la razón de que los cuernos aludan satíricamente al adulterio de la mujer? Tal vez se deba a la cualidad de semental de ciertos toros y la mansedumbre de algunos bueyes. El semen es la semilla de muchas bromas y espectáculos. Aunque en los evangelios se habla muy poco sobre el sexo, en los seminarios y en las cátedras de teología moral se le tiene siempre muy presente.

En España la jerarquía eclesiástica prohibió a los clérigos asistir a las corridas de toros. Ahora bien, no tuvo mucho éxito la medida. Los sacerdotes celtíberos han sido siempre más hispanos que fieles discípulos del Papa. Ninguna orden ha dado tantos quebraderos de cabeza al sucesor de Pedro como la compañía sagrada de aquel caballero vascongado enemistado con Erasmo.

Y puesto que hemos comenzado hablando de manos y de gestos groseros sigamos por la vía iniciada así nos conduzca a diestra o siniestra. Todos los caminos nos llevan a Roma y a su lengua latina. Es ciertamente curioso que se llame “corazón” al dedo que sirve para imitar vulgarmente un pene levantado. ¿Se trata de un eufemismo erótico? La representación del falo es habitual en el arte de la antigüedad. En otro mosaico se pinta un pez que semeja la forma del órgano sexual varonil.

Pero no todos los gestos vulgares o maleducados hacen referencia a la única cosa verdaderamente importante para quienes aman la vida. El emperador que

señala con el pulgar hacia abajo en un combate entre gladiadores realiza un gesto infinitamente más obsceno a pesar de que no ofende ninguna ética sexual.

Ese dedo, el menos elegante, hermoso o *pulcro*, se llama “pulgar”. Pero no hay en ello ninguna ironía como cuando llamamos Pitágoras a un burro andante. El mártir san Policarpo, como víctima del pulgar de un pretor, está más cercano a la verdadera etimología de la palabra. Sin embargo, es cierto que los analfabetos tienen el privilegio de firmar con el dedo más gordo, aquel que se ensucia más por cuanto tiene mayor extensión. Y es que los mendigos, además de estar llenos de pulgas, cuentan en pulgadas y con los pulgares los días que pueden comer a su gusto.

Aristófanes se burla del pobre Sócrates afirmando que sabe contar los pasos de una pulga o chinche saltarina pintándole sus patas de blanco. Los cómicos y comediantes siempre han tenido una merecida fama de deslenguados y poco comedidos.

Otra vulgar o grosera costumbre digital es señalar con el dedo “índice” hacia una persona. Aunque tal dedo no indica necesariamente animadversión hacia la persona señalada puede quizás dispararse en la mente indicada esa interpretación. Los cañones de un revolver deben estar asegurados contra los torpes francotiradores. Por tanto, mejor que señalar, el tal dedo debe usarse para recorrer el índice de las acciones y gestos prohibidos. En Venezuela para señalar no se usa el índice sino los labios que se adelantan como dando un beso al aire. Y esto no es una grosería por más que parezca una provocación.

En la actualidad algunos -o algunas - combinan también los dedos pulgar e índice, los mejor avenidos, para señalar la proporción inversa entre el tamaño del pene y la estatua del apenado o acomplejado poseedor. Todo depende de la posición de la escuadra o ángulo recto formado por dichos dedos. En definitiva, de quién está arriba o abajo.

El cuarto dedo, el llamado “anular” es aquel donde se introduce el “anillo” del compromiso. Y ciertamente anular o dejar nulo un compromiso matrimonial, quitarse el anillo de la mano, puede considerarse una grosería indigna de un caballero aunque cada vez más aceptada socialmente. De cualquier modo el divorcio permite que una nueva alianza tome el puesto de la antigua, ya superada.

Y nos hemos dejado para el final al más pequeño de los dedos, la miniatura, el menino o meñique. ¿Qué gesto grosero puede realizar ese mequetrefe o alfeñique? Poca cosa. El dedo meñique es tan meñique que solo cabe sepultarlo en las fosas de la nariz. Podría haber recibido el sobrenombre o apodo de “buscador de mocos”. ¡Niño, no hagas eso!

Lector, te dejo. Ya no me quedan dedos en la mano para aleccionarte sobre gestos de mala educación. Y, con el puño cerrado, me voy alegre a mi despacho bursátil mascullando en la boca las notas de la Internacional. (¿No es cierto, querido Labordeta, que en la vida hay

mucho “gilipollas” con cara de niño bien educado? Y estos no salen nunca diciendo tacos en la televisión, así con la zeta zaplanera de zapatazo.)

## **UN CURSO DE COCINA**

Hervir, asar o freir son tres modos distintos de hacer llegar el alimento a un mismo punto: la boca. Y a través de esa apertura por la cual muere el sabroso pez en el anzuelo podemos, abriendo apetito, iniciar este ensayo sobre la antigua gastronomía. ¿Qué come el hombre antiguo? Evidentemente hay dos clases de alimentos: crudos y cocinados. Y siendo el fuego un encuentro fortuito y tardío entre la raza humana y la cólera de los dioses es razonable deducir que la primera dieta consistió en la fruta y las plantas silvestres tal y como se presentan en la naturaleza.

Al principio el fuego, el dios solar, fue temido y adorado. Sospechamos el terror del hombre primitivo quedándose a oscuras en la noche, paralizado por el miedo, solamente activo por esa puerta abierta en su alma por el sueño y la imaginación. Pero al alba ... ¡Qué alegría! El sol está nuevamente allí en el cielo y

no hay nada nuevo abajo en la tierra. Nada falta de lo que hubo ayer.

Los dioses antiguos son como jefes caprichosos de humor variable. Tan pronto nos abroncan como nos pasan amistosamente la mano en el hombro. Unas veces lucen e irradian sus favores, otras se ocultan en el fondo de su despacho.

Así pasó tal vez con el fuego. ¿Es un castigo o un regalo? Sin duda nos infunde miedo esa fuerza ambivalente capaz de salvarnos de morir congelados o bien de quemar nuestra choza y matar nuestro ganado. En la actualidad los pirómanos y los brujos en la noche de san Juan son los únicos que mantienen encendido ese culto al objeto robado por el heroe mítico Prometeo.

Un día, tras una violenta tormenta, los dioses lanzaron su arpón en forma de rayo. Podemos suponer que dicha lanza ígnea alcanzó al hijo de un pastor o, quizás, a un buey salvaje que rumiaba la hierba en el prado vecino. Y si tenemos la misma osadía del ladrón del fuego supondremos también que ese día

nacieron juntas, como Castor y Polux, la religión y la cocina. El hogar o lar no es otra cosa que el fuego donde se congrega la familia para sacrificar a los dioses tutelares. Y no hay ceremonia más sagrada que la reunión de padres e hijos en torno a la mesa. Ese acto es lo que diferencia precisamente a un hogar de un hotel, posada o albergue.

El fuego arrojado por los dioses sobre una bestia nos permite descubrir que la carne socarrada es mejor alimento. El canibalismo o los sacrificios humanos debieron ser entonces habituales en los pueblos antiguos. Abraham no se sorprende de que su Dios le pida en sacrificio a su hijo. Pero Yahvé, con divina pedagogía, enseña al pueblo judío que un carnero es mejor víctima que un hombre.

Una vez que el hombre aprende a conservar el fuego sagrado convierte su hogar en un pequeño laboratorio doméstico: hierva la leche, el agua, introduce en el líquido la carne o los peces.

## **UN CURSO DE COCINA**

1. Hervir, asar o freír son tres modos distintos de hacer llegar los alimentos a un mismo punto: la boca. Y a través de esa apertura por la cual muere el pez en el anzuelo preso podemos iniciar este ensayo sobre la antigua gastronomía.

¿Qué come el hombre antiguo? Evidentemente hay dos clases de alimentos: crudos y cocinados.

\*\*\*\*

2. Una vez que el hombre aprende a conservar el fuego en el altar sagrado debe también protegerlo de las miradas del extraño, aquel que no nos resulta familiar y, sobre todo, del viento peligroso que puede malbaratar algo tan difícil de conseguir como es la llama. Unas piedras en forma de refugio cubren el fuego. He aquí ya un primitivo horno. Alrededor del lar u hogar cubierto se alzan los muros de la casa igual que las aldeas se arremolinan en torno al castillo y la

iglesia. No hay imagen más simbólica de una casa que la chimenea humeante.

En ese horno hogareño se sacrifica a la diosa Fornace con tortas de harina, trigo tostado. La comida es, en la sociedad tradicional, un acto sagrado que requiere la bendición de la mesa.

Pero comer exige lógicamente poseer unos recipientes, unos cuencos o vasijas destinados para ese menester. En los hornos, donde se incinera hoy los cuerpos que luego se meten en la hornacina, la urna funeraria, se cuece también desde antiguo el pan y el barro o arcilla, la cerámica donde se vierten el agua y la comida.

“Asar” significa secar algo por la acción del fuego. Y es comprensible que para retirar las vasijas del fuego antes de enfriarse totalmente sea necesaria un “asa” por la cual se pueda introducir previamente un palo. ¿No tiene muchas veces la parrilla del asador un asidero?

Y como el gato escaldado nos lleva hacia el caldero del caldo caliente, la piel escocida nos conduce a la cocina donde se cuece nuestra salud.

El druida o sabio es aquel hombre de la tribu que entiende o sabe de los sabores. Puede distinguir los alimentos saludables de los envenenados, aquellos capaces de llevarnos a la muerte. Si la muerte o enfermedad son castigos de los dioses será porque existen alimentos puros o impuros y estos últimos deben ser prohibidos como no gratos a la divinidad. El puerco o cerdo, animal receptor de muchos parásitos, sucio donde los haya, es una bestia con morbo, difamada en muchas culturas. Solamente un veterinario, un viejo o veterano puede dictaminar si la vaca o el animal sagrado es comestible. Es curioso que salud y salvación sean términos propios de la medicina y la religión. Y, del mismo modo, una receta alude a una prescripción del facultativo como a una forma o fórmula de preparar determinadas pócimas e ingredientes culinarios.

¿Y cómo sabe el sabio su arte de druida? El gusto y el olfato de las raíces o plantas es la herramienta material de estos expertos en botánica y etimología.

Ese saber o experiencia de los magos, brujos, chamanes y sacerdotes se traspasa de una generación a otra. El fuego quema y quien se ha quemado una vez huye de la cocina.

3. El verbo “freír” significa “dar saltos con ruido”, “llorar”. ¿Quién no se ha quemado alguna vez con una salpicadura de aceite? “Los peces daban gemidos”, dice un romance medieval casi sacado de la sartén que chisporrotea.

Los alimentos fritos requieren el uso del aceite, es decir, el liquido de la aceituna, también llamada oliva. Pero, sobre todo, se precisa que ese aceite esté muy caliente. ¿Y cómo se podrá freír si se ha apagado la llama?

Cuenta Torres Villarroel que la pérdida de un libro o manual de matemáticas en la universidad de Salamanca hizo imposible que se siguieran dando las clases durante el resto del año. Ahora bien, el hombre al que se le apaga el fuego no puede aguantar el hambre durante mucho tiempo hasta que aparezca un rayo. Por más diligencia o cuidado que las vestales

pongan en mantener la llama sagrada debemos contar con la contingencia de que ésta se apague.

Un día extraordinario en la historia de la humanidad fue aquel en que el hombre pudo “hacer” el fuego y no limitarse a mantener pasivamente la llama recibida desde el cielo por alguna divina lanzada. Golpeando un pedernal o una piritita salta una chispa y esa lumbre crece o se agranda en la yesca, se *fomenta* con la corteza del hongo *fomes fomentarius*. Seguramente fabricando con golpes un hacha de piedra para cazar el salvaje provocó casualmente la chispa; y esa ocurrencia explica que el ingenio sea sólo chispeante, un golpe de fortuna, mientras que la inteligencia, la diosa Minerva, es luminosa y oscilante como una llama.

4. Ya tenemos el fuego disponible. Tomemos ahora el aceite viejo de la fritura. El óleo de las olivas es sagrado. Podemos untar de aceite el pan, ungir la cabeza de un rey o practicar la unción de un enfermo moribundo. También hoy el “aceite de piedra” o petróleo reviste esa

condición sacra para los yanquis que invocan el “Dios bendiga América”.

El salvaje, para mantener la llama sagrada, debe acumular ramas y follaje constantemente. El aceite de una lámpara o candil se consume con dulce languidez. Las vírgenes que custodian las lamparillas del templo pueden echarse una breve siestecilla esperando al novio sin que se apague la candela. Sin embargo, no es recomendable que se queden fritas, dormidas al sol del estío. Pueden llevarse una sorpresa, un sobresalto y llorar su negligencia. En suma, freírse a sí misma en su propio aceite.

5. La civilización es refinamiento. Las almazaras donde se muele la aceituna nos dan cada vez un líquido más fino o refinado. Los griegos y romanos llevaron el arte culinario hasta su cumbre, el “sibaritismo” de la lujosa ciudad antigua. Los romanos amaban los banquetes y se disputaban a los grandes cocineros que podían amasar grandes fortunas. En el célebre festín de Trimalcion, un amo se jacta - dice

Petronio - de tener un cocinero que “con un filete de cerdo hace un pez, con un pernil una tórtola, con un pastel una gallina”. El comensal ama ser engañado ante sus ojos igual que hace un mago o prestidigitador. “Dar gato por liebre” puede ser también un arte enriquecedor si nadie lo descubre.

En una sociedad gastronómica el uso de las salsas es la crema de la sofisticación. Y en Roma hubo ciudades especializadas en fabricar el *garum*, una salsa de pescado muy estimada por los ricos patricios. En Portugal, dice el arqueólogo Moscati, existió uno de los centros más importantes que elaboraba este velo culinario para exportarlo a la ciudad imperial.

Y llegó la decadencia, la invasión de los bárbaros. Roma ya no importaba ese *garum* que antaño hacía las delicias en la mesa de los acaudalados nobles. Esas tinajas enormes se quedaron vacías y, como la vida también tiene horror al vacío, se llenaron con un alimento para leones, los cristianos. Conservamos esas tinajas porque se transformaron en

sarcófagos. En la actualidad, en Filipinas y otros lugares, los pobres usan también para dormir las tumbas vacías.

Los cristianos que dormían el sueño de la vida en esas tinajas de garum o salsa marinera, era asimismo seguidores del “pez”, ichtus, el acrónimo de Jesucristo, hijo único y Salvador. Y el cristianismo predicó la eucaristía, el pan sagrado compartido y repartido entre la “compañía”, los “compañeros”. El vino, fruto de la *vid* y del trabajo del hombre, nos da fuerzas, vitalidad, vida nueva. Las uvas son “tumorcicos de luz”, cápsulas o granos de sol que se vuelven negras al declinar el año. Pero al caer el día y llegar la noche de la pasión dormimos esperando el renacer, la resurrección, el alba. Concluamos: el pan y el vino de la última cena es ya otra clase de comida sagrada.

## **ENSAYO SOBRE LA RISA**

La risa o el llanto son dos acciones fisiológicas que traducen emociones contrarias. Una, el placer; otra, la infelicidad. Suele decirse con frase hecha que la cara refleja nuestra alma. El cuerpo, como los niños, nos acusa o traiciona desvelando la verdad íntima oculta en las entrañas como un mineral en la roca. Los gestos son delatores, viejos sicofantes de la comedia humana.

Es curioso que los actores o hipócritas del teatro antiguo usen de las máscaras para enmascarar o disfrazar la cara tras una careta. No hay ficción sin ropaje ni desnudo sin una hoja de parra. Yo sospecho que la corbata, con su aire de estrangulador pendejo, nos amonesta muy seriamente si nos equivocamos de guión o cambiamos el registro adecuado, políticamente correcto, de nuestras emociones. No es posible reír sin suscitar el escándalo de los beatos durante una ceremonia grave; o cantar bulerías en el pomposo entierro de la sardina, en el

funeral de alguna vieja y momificada gloria, por mucho que el dramón nos parezca tantas veces risible o ridículo. Antaño no había “tomas falsas”.

Las máscaras son una convención social igual que las palabras. Como el regidor con sus carteles señalando los aplausos o las risas, la careta sirve de código material y objetivo de los sentimientos humanos representados en la escena. No es cierto que su principal función sea la de resonar o *personare* la voz haciendo audible las palabras al auditorio. Antes que la voz fue el mimo. La vista alcanza más lejos que el sonido. De ahí que la doncella en la ventana divise al caballero antes de escuchar el casco de los caballos. Más que proyectar un mensaje la máscara o “persona” oculta al emisor. La cultura es el disfraz que se pone a sí misma la naturaleza. El hombre educado es una bestia salvaje con el traje de un galante mosquetero o la corona de una cursi reina que mueve sus labios como algunas bailarinas mecánicas agitan sus brazos saliendo de una cajita de música.

Bajo el asfalto está la arena de las playas; en una esquina de las ruinas del templo antiguo crece la humilde hierba del monte, el pelo de la dehesa. Tomad una palabra cualquiera, una voz impostada, falsa, eléctrica, enmascarada por los miméticos aluviones dramáticos y las peripecias acumuladas de un millar de siglos. Casi siempre bajo un resonador o "persona" hay un grito confuso de angustia, una llamada de dolor o, quizás, una pueril alegría. En el vocablo "plañidera", como en otros romances "pluja" o "plainte", queda siempre un residuo, una pequeña gota de agua molesta, insistente, monótona, lacrimógena como una estalactita colgando de una nariz. No nos deja dormir esa acuática queja, la oclusión líquida del grupo consonante. ¡Plo-plo-plo! ¡Qué plomazo! ¡Qué bien imita una lengua a la naturaleza! Un grifo goteando es el infierno de un hombre con sueño y el paraíso de un plomero desvelado.

Pero dejemos aquí el llanto suspenso y convirtamos ahora las turbinas de agua en luminosa jovialidad.

La “carcajada” es el superlativo de la risa, el “no va más” de la comicidad. Y también aquí el vocablo imita perfectamente al sonido natural. Como un escupitajo o “gargajo”, las carcajadas - la boca franca y el ruido de carracla - nos proyectan hacia las profundidades misteriosas de la garganta: “!ja-ja-já!”.

Y así como de algunas estrellas muertas sólo nos llega exánime o lánguida su luz viva, de los orígenes de la risa únicamente nos ha quedado patente su altavoz, la risa ampliada en carcajada. No sabemos - los filólogos callan - la etimología del vocablo “reir”. Quizás, como el verbo “freir”, signifique “dar saltos con ruido”, “llorar”, “alborozar”. Y es que a veces entre la risa y el llanto no hay más que un fino cabello, una plumilla tragicómica que nos hace verter o derramar lágrimas de dolor o alegría. Así es la vida.

Volvemos, ya adultos, otra vez al circo. En cierto mosaico romano, conservado en la ciudad de Pompeya, se ve a tres músicos ambulantes representando una farsa. Todos ellos

llevan en su faz una máscara teatral. Junto a ellos se contempla también a un niño pequeño, una persona incipiente, el único en la escena que no es un “personaje”. Pues bien, mirad al párvulo en su rostro tal como nos lo dibujan las teselas. Se aburre, no cae en la farsa, casi bosteza: “!El rey está desnudo y los músicos son unos petardos!”. ¿No has visto hace muy poco, lector, la fotografía de un niño así en un mitin de algún político americano?

## **EL ORFEON DE LOS VIUDOS**

No es bueno que el viudo esté sólo. Y, mucho menos, que mire hacia atrás. Puede convertirse en una estatua de sal. Aunque a veces verter unas pocas lágrimas sea tan dulce como beber ciertos vinos. Entre los hijos de la vieja Europa son los nietos de Camoens quienes mejor han sabido apurar hasta las heces ese cáliz amargo y amable que se llama melancolía. El fado es un canto a la pena negra. Morriña, nostalgia y saudade, tres nombres distintos y un solo sentimiento verdadero: mal de ausencia. ¿No es un hecho providencial que el linaje de finisterre presencie a solas el hundimiento del sol bajo las aguas profundas del océano? El ocaso y el mar, eternos compañeros de la gente lusitana cantada por la epopeya del vate portugués.

También Orfeo, músico y poeta, echó la vista hacia el turbio pasado. Y quiso descender a los infiernos para rescatar a su amada Eurídice. Pero le

perdió la duda, como a todos los racionalistas. O, acaso, la impaciencia de su deseo. Igual que a los artistas y a los místicos. Al volver la mirada a sus espaldas y querer comprobar que su amada Eurídice le seguía libre incumplió las condiciones del contrato. Y se esfumó su esperanza. Como un sueño.

No es posible fotografiar a un hombre dormido que se despierta con la luz de la cámara fotográfica. “Pruebas, pruebas”, grita la ciencia positivista. Pero los físicos cuánticos nos han dejado en la incertidumbre, como en el principio. Plutarco nos dice en la vida de Pericles que el adivino y el filósofo tienen ambos razón. Sólo que uno mira la causa y otro el sentido de ella.

El viudo - y todo aquel que pierde un ser amado lo es - no encuentra nunca consuelo ni significado alguno a la muerte. “Quiero desamordazarte y regresarte”, clama inconsolable uno de nuestros mejores poetas escarbando la tierra que estercola el amigo perdido. Pero aquel “con quien tanto quería” no

vuelve, como Cristo, del reino de los muertos.

Y, sin embargo, si hay alguien capaz de bajar con éxito hasta los infiernos ése es el mismo Orfeo. Como la música no requiere el órgano de la visión - y aún éste, incluso, le estorba como el sexo a un castrado- las pestañas y manos de la lira órfica están abiertas y adaptadas para la infernal oscuridad. El problema es salir luego de la caverna hacia la luz. Y, más aún, contarlo, deslumbrados, de una manera verosímil y sin parecer unos borrachos.

Aristófanes le había hecho visitar junto a Baco al semidios Hércules, quien también había descendido a los infiernos - es una antigua obsesión - para liberar a Teseo. Pero el héroe no dejó escrita ninguna "guide bleue", Michelin o Baedeker. Solamente había conservado en la memoria unos cuantos lupanares y unas pocas fondas con buena cerveza. "Todas las Eurídicés son una misma mujer coqueta", debía pensar el hijo de Zeus y de una mortal.

Lo dicho: no miremos al pasado. No queramos bajar hasta el reino de Hades para esclarecer y secar al sol las manchas y sombras de ayer. Algunos usan la memoria como un escudo contra las flechas del presente lanzadas desde el futuro. No es cobardía arrojar el parapeto de la tortuga, como Arquiloco, cuando molesta la fuga ligera. Un día llegará el desquite. Anibal decía del prudente Fabio que “aquella nube huidiza pegada a la montaña descargaría quizás mañana una buena tormenta”.

A Orfeo lo mataron unas mujeres celosas del masculino desdén del músico enamorado de una muerta. Murió despedazado igual que las piezas revueltas de una partitura. Como no miraba ya a las mujeres corrió el rumor de que amaba sólo a los jovencuelos. Pero esto, su homosexualidad, es una calumnia habitual en la historia contra cualquier enemigo. Su nombre ha dado origen a una secta de iluminados, unos hombres puros iniciados en unos ritos misteriosos sobre el más allá. Los órficos creían en la transmigración de las almas

y no comían carne. Ni tampoco pescado u otras frutas del mar. Eran austeros, como jansenistas, y sumamente frugales. Al rey David, ya viejo, los médicos judíos le aconsejaban por el contrario que probase manjares frescos y saludables. Pero no tocó a la sulamita. Era ya muy tarde. Tal vez contemplaba aún, en el espejo de sus años, como un retrovisor, la hermosura de Betsabé.

Lector, seas viudo o solitario, tenlo siempre presente: más vale casarse - una o dos veces - que abrasarse. Eso afirma un veterano, un hombre cuyo oficio era curtirse la piel con el dulce tormento de Cristo. Y el apóstol - se dice - casi nunca perdió los estribos ni se ató los machos aunque una vez se cayera del caballo camino de Damasco.

## **PENSAMIENTOS SOBRE LA GUERRA**

El embrión de la guerra es el puño. Al cerrar la mano el hombre fabrica con el odio una piedra. Pero rara vez un puñetazo es mortal. A lo sumo nos pone un ojo morado, a la funerala. O nos hace verter medio litro de vino por la doble boca de la nariz. Homero pensaba que la sangre procede de la digestión del pan y del jugo de la uva. Los dioses olímpicos, aunque no exentos de pasiones, no tienen sangre en las venas. Ellos se alimentan de néctar y ambrosía. Tal vez eso - “pan y vino, Marcelino” - explica el color rojo de la sangre y su espesura. A falta de ciencia, buena es la imaginación. El conocimiento de los antiguos acerca del cuerpo humano - esto es, animal - tiene una doble fuente: las víctimas del sacrificio y los heridos del combate. Trono y altar. Las guerras de religión han hecho avanzar la civilización europea. Desde Lutero y Calvino somos más tolerantes. Como hemos averiguado que no podemos

exterminarnos nos contentamos con odiarnos, sufrimos mutuamente e intercambiarnos como regalo tratados polémicos de teología sobre los ángeles y la virgen María.

Un puño, como un puñado de grano, no llena ningún silo. Y menos se conquista un país a bofetadas. De ahí que los antiguos, decepcionados del puño, inicuo e inocuo, inventasen el puñal. Para destrozarse en canal una bestia lo importante es el filo y la longitud del cuchillo. Por otro lado, una espada nos concede un metro de ventaja alejando nuestro cuerpo del adversario. Pero en el puñal lo trascendente es, sin embargo, la empuñadura. Pocos centímetros bastan para llegar al corazón. Sucede en esto igual que en el amor: una palabra es suficiente para matar.

Metido en el puño - la navaja cerrada es un perfeccionamiento - el puñal, bajo la toga, es un arma discreta y eficaz. Antaño no existía en el Senado el escáner ni los detectores de metales. Unos conjurados, un anarquista como

Bruto, tenían fácil la comisión de un magnicidio.

Dicen los biólogos que el hombre se ha aupado en la escala animal porque el instrumento de sus manos es capaz de fabricar otras mil variadas herramientas. Todas ellas ajenas a su propio organismo. Un pájaro carpintero no puede quitarse el pico; el hombre puede alternar el martillo y la sierra dejándolos más tarde en el taller.

Pues bien, como no podemos desprendernos del puño lanzamos con éste pedradas. Tan lejos como alcance la fuerza de nuestro brazo. “A tiro de piedra”, suelen decir los campesinos acordándose de las pedreas de niños con los rivales del pueblo vecino. Y Jenofonte nos cuenta en su obra sobre la guerra del Peloponeso que el enemigo se hallaba “a tiro de jabalina”. Un día el hombre descubrió que el puñal y la piedra pueden arrojararse más lejos de lo que permiten las fuerzas humanas. Y entonces inventó la catapulta o el arco y la ballesta. La guerra se hizo tecnológica.

En tiempos de Pericles era una novedad el uso de esas máquinas propulsoras de meteoritos contra la ciudad asediada. Dícese que el inventor de la guillotina acabó probando en su propio cuello, como un calabacín, la invención revolucionaria. La cabeza del hábil político ateniense, apodado “el cebollino”, disimulada en su casco, no sufrió ninguna pedrada lanzada por la honda de algún diestro artillero. Pero Artemon, el maquinista, se hacía llevar por dos esclavos con un escudo sobre la cabeza. Como el jefe galo de Axteris, el ingeniero temía que el cielo se cayera en pedazos arrojados desde las nubes.

Y la flecha del arco o ballesta es una extensión mecánica de la lanza, una lanzada superlativa, una marca olímpica en la disciplina de tiro de jabalina. Las piedras caen donde Dios quiere que caigan. Aunque la máquina es siempre más potente que el hombre no es siempre tan inteligente. A veces cae en un cuartel el regalo de la catapulta, otras en un mercado o, quizás, un templo. Pero el arquero requiere precisión, buen tino,

mano firme. Aristóteles dice que debemos acertar en el blanco de la vida con la flecha de nuestros actos. Y un filósofo español hace de esa imagen el emblema de su filosofía.

Un venablo, como las hodiernas aves de metal o las temibles piedras catapultadas, hiere inmisericorde desde el cielo. Igual que los rayos de Júpiter, inventores del asado. Para evitar los continuos bombardeos de excrementos, los griegos cubrían las estatuas durante las fiestas con una sombrilla que las protege de los desvergonzados pájaros. Y los hombres, a su vez, se vengan de los plumíferos haciendo un uso abusivo de la ley del talion. Disparan contra la tribu alada flechas vestidas con un plumón aerodinámico. Mueren de su misma medicina.

Saquemos ahora del pañuelo, no una paloma, sino una flecha, una espina dolorosa como aquellas que llenaban de congoja a nuestro señor Jesucristo.

En cierto vaso griego vemos pintada una escena de un poema homérico. Aquiles venda el brazo herido a

su amigo Patroclo. Una venda blanca, como una vela o una bandera de paz, destaca con fuerza sobre el fondo negro de la copa y el color rojizo del médico y su paciente. Aquiles tiene sus ojos puestos en la herida; Patroclo, con la cabeza vuelta, hace bueno aquello de que los ojos que no ven tampoco sienten.

Veamos ahora unas cuantas conclusiones de esa evolución de la guerra desde la mano hasta la bomba atómica. Cuando la batalla era “cuerpo a cuerpo”, la virtud militar por excelencia era el arrojo, la valentía. Alejandro prohíbe a sus soldados usar la barba para no dar un punto de apoyo al enemigo, una palanca capaz de hacerlo caer en tierra. La lucha entre hombres que llegan a las manos permite tener ante los ojos las partes vitales del cuerpo. Y éstas deben recubrirse lógicamente con el casco y la “coraza”, es decir, el escudo de cuero del corazón. ¿Cómo saber qué herida es letal si, como se aplastan las hormigas, matamos de golpe todo el cuerpo?

Pero el hombre que hace la guerra toma cada vez más distancia respecto a su enemigo. Precisa menos arrojo y mayor destreza. La espada nos aleja un poco del adversario, dijimos. El proyectil nos hace menos lanzados, aligera nuestra osadía. El bueno de Cervantes, malherido en un combate naval por un cañón, aborrece la artillería. La pólvora permite al cobarde acabar con la vida de un valiente.

Hoy para terminar con la vida de un millón de personas sólo hace falta saber apretar un botón. Basta poco arrojo y mucha capacidad para no sonrojarse.

## **HISTORIAS DE LA MILI**

Amigo lector: yo he sido - lo confieso - un excedente de cupo. Es decir: me libré de la "mili". ¡Vaya chollo!, dicen los de mi quinta. Y yo, historiador a medias, les respondo que nunca ha sido precisa toda la población varonil para salvar a la patria. Antes de matar por ella es preciso que viva o sobreviva. Con el hierro se fabrican lanzas y escudos, pero también yunques y arados. O, a veces, campanas de melodiosa voz. Las familias a la vieja usanza - tres hijos - lo tenían claro: un hijo, para la Iglesia; otro, al ejército. Y el tercero, el más tonto o infeliz, a las faenas del campo. Como el buey y el asno. Este es el que pecha con los gastos de los demás. Eso, claro está, mientras haya paz. Durante la guerra unos pierden y otros ganan. Los ejércitos victoriosos suelen repartir el botín y llenar las botas de mucha gente. Alcibiades excitaba la osadía de los jóvenes

inflamando con ardor su codicia para llevar a cabo la conquista de Sicilia.

Pero Atenas, como Roma, rara vez combate hasta perder el último soldado. Se precisan tropas de refresco. Una fracción del ejército no entra en batalla. De dicha costumbre procede nuestro vocablo “quinto”. Solamente va al frente una quinta parte de la población capaz de empuñar las armas. El resto queda en barbecho, a la espera de ser llamado si hiciere falta.

Es la misma suerte quien decide los que sobran, hasta nueva orden, del cupo combatiente. Pericles, en la batalla de Samos, dividió el ejército en ocho partes y las sorteó. Para elegir el ochavo vacante se usaba un haba blanca metida en una bolsa. Quienes sacaban el haba pasaban un día “en blanco”. Ahora bien, el ocio era relativo. Probablemente los afortunados tenían que pasar también la noche de color albo, aguardando el alba como vigías o centinelas. En la imaginaria, sin sueño, se deja volar la fantasía.

Pero no solamente la suerte podía librar al ciudadano joven de una guerra. La milicia no es demasiado buena para la molicie. Se criticaba a cierto general ateniense porque había hecho instalar en las galeras un lecho muelle, colgado en fajas como una hamaca, en vez de dormir sobre las duras tablas. Esto era una señal de lujo y afeminamiento.

Era comprensible, pues, que muchos jóvenes, una muchachada, pensara en la forma de escaquearse del servicio. Y, a veces, contaban incluso con la complicidad paterna. El astrólogo Metón, fingiéndose loco, quemó su propia casa. Pero a la mañana siguiente, ya recuperado el juicio, se presentó a la asamblea para solicitar que por esa desgracia se dejara al hijo libre de acudir a la guerra. Seguramente muchos empresarios han obtenido inspiración de aquella astucia con propósitos menos laudables.

En cierto vaso griego puede verse pintado un guerrero montado a caballo con una lanza. La figura humana, oculta tras un escudo gigante, aparece

notablemente desproporcionada respecto a su caballería. Sin duda se trata de un acierto estético del artista. Ahora bien, bajo ese estilo creemos oír también la voz punzante de un padre queriendo salvar la vida de su hijo: ¡Pero si es aún sólo un niño!

Y, en efecto, aquella imagen nos parece, bien mirada, un muñeco de juguete y la guerra de Troya una mentira piadosa.

## **ÁBRETE, SÉSAMO**

Suenan las trompetas y fanfarrias, caen los muros de Jericó. He aquí, según el creyente, un milagro de la Biblia. O acaso, para el incrédulo, una fanfarronada militar.

Jenofonte nos dice que, durante la famosa guerra del Peloponeso, los lacedemonios hicieron derribar las murallas de Atenas y éstas caían “al ritmo de las tocadoras de flauta”. Es historia, no leyenda. Los hombres echan abajo las piedras acompañados por el ritmo de la música.

Veamos un tercer caso: una soprano, con voz aflautada, provoca la quiebra de un cristal de murano. Aquí hay una ley física. Es decir: un hecho de la naturaleza, una relación de causas y no una mera sucesión temporal. Eso, claro está, con permiso de los empiristas radicales.

Pues bien, no busquemos ahora ensartar en un collar los diversos órdenes

en los cuales se mueve la vida humana:  
naturaleza, historia, teología.

Vamos a quedarnos dentro de los  
muros de la propia casa. Dice Quevedo:

Miré los muros de la patria mía,  
si un tiempo fuertes, ya  
desmoronados

Las ciudades crecen y las cosas viejas  
estorban. En el siglo XIX los liberales  
valencianos, para dar trabajo a los  
obreros desempleados, demolieron las  
murallas de la urbe levantina. Cavar  
zanjas y volverlas a tapar es otra forma  
de acabar con el ocio, madre de todos los  
males. Los egipcios, para pasar el rato,  
satisfacer el ego o el temor de los  
faraones y hacer funcionar la economía,  
construyeron las pirámides inmortales.

Son ejemplos de lo que se ha  
llamado “política social de obras  
públicas”. El inglés Keynes, amante y  
mecenas de las artes, debía admirar  
mucho a Pericles. Los británicos quieren  
tanto a Grecia y Egipto que se han  
llevado a casa sus tesoros.

En su biografía del ilustre ateniense, Plutarco nos cuenta la manera keynesiana que tuvo Pericles de embellecer con monumentos la ciudad para lograr el pleno empleo. Fidias, director de las obras, dejó a la polis como los chorros del oro. También hoy – con otro sentido – no conoce Atenas “ni la madre que la parió”. Y tanto da se llame Teseo o Atenea.

Los tiempos modernos desprecian las ruinas. A lo sumo un turista oriental lanza unas cuantas exclamaciones beatas y hace media docena de fotografías. Desde la invención del cañón y la pólvora las murallas tenían los días contados. Antes, para asediar una ciudad, se precisaba mucha paciencia. Como un pescador de caña, el ejército enemigo se asentaba admirando los muros fortificados. A veces el general enviaba unos espías, como aquellos que engatusaron a Rahab, la cortesana. El ladrón se mueve en la noche, pegado a la pared como los murciélagos.

Tal vez los ratones de campo – “mur de Guadalajara ... – enseñaron a los

hombres de la ciudad a cavar túneles para entrar en los muros. Al menos “mur” y “muro” parecen vocablos de la misma familia. Y también rata y ratero. Uno hurta la bolsa, otro el queso. En Grecia se llamaba a los ladrones “agujereadores de la pared”. O la despensa.

Algunos piensan que Jericó se tomó también de esa manera. Y las trompetas no serían más que una maniobra de diversión. Como unos ladrones que por medio de un butrón desvalijaran la joyería y esperasen a encender el cartucho de dinamita a que marque gol el equipo de casa. ¿Quién se iba a enterar con el ruido?

Si tuvieran un cómplice, como la cananea de la traición, podrían exclamar igual que hizo Ali-Babá en la cueva: “Ábrete, sésamo”. Y la caja fuerte, dicha la clave, mostraría el dulce fruto.

## **PELOS EN LA LENGUA**

Temístocles es un famoso general griego. Habiendo sido vencedor de los medos en la batalla de las Termópilas quiso la adversa rueda de la fortuna que se viera luego obligado a huir de su patria y solicitar asilo en casa de sus antiguos enemigos los persas. El rey, olvidando las afrentas pasadas, lo acogió con muestras de amistad esperando convertir a un temible adversario en un valioso aliado. Ahora bien, un traidor precisa hablar la misma lengua del extranjero enemigo si no quiere verse traicionado a su vez por la torpeza o la maldad de un truchimán que lo malinterprete. En consecuencia, para hablar con franqueza de las cosas de los griegos, Temístocles pidió al monarca un tiempo con el fin de aprender él mismo la lengua persa y poder desvelar directamente al monarca las flaquezas de sus compatriotas. El argumento con el que envolvió su ruego es digno de un griego: “El habla del hombre – dijo al rey – es como los tapices pintados, porque,

como éstos, desarrollados, manifiesta bien las imágenes, pero recogidos las encubre y echa a perder”.

Pablo Galindo Arlés  
Valencia 13 de mayo de 2013

parles\_8@hotmail.com